

la eterna experiencia de todos los días. ¿Qué puede haber de más consolador que la fe en la Encarnación de Dios, que la fe en el amor que Dios nos tiene, que en lugar de entregarnos á la muerte, sacrificó á su propio hijo, que la fe en que con su sangre se borran los pecados, que la fe en la felicidad eterna, en su reino y en la completa posesión del mismo Dios? ¿Cómo puede decir un hombre que encuentra dificultades para aceptar doctrinas semejantes? Pero no codiciar los bienes del prójimo, renunciar á un bien considerable que puede conseguirse á precio de una mentirilla, cerrar el corazón á los placeres prohibidos y los ojos á la hermosura que seduce, huir de un peligro que se ama, cortar dulces lazos que nos arrebatan toda fuerza y toda reflexión, todo esto es algo que cuesta luchas, sacrificios, y, frecuentemente, desgarramientos del corazón. No violar jamás las leyes de la propiedad, de la lealtad, de la verdad, de la justicia, triunfar del placer, de la lengua, de los deseos de venganza y de la ambición, no atacar jamás á la caridad fraterna, á la templanza, á la paciencia, son cualidades que exigen gran imperio sobre sí mismo, y no menor abnegación. Pero hay muchos que ven en esto dificultades extremas, y toman de ahí ocasión para acusar á la religión cristiana de imponer al hombre una carga que no puede llevar. Ciertamente que no tienen razón. No son sino mandamientos impuestos ya por la razón, la religión y la moral naturales.

El Cristianismo no ha hecho más que confirmar lo que era ya exigencia de la naturaleza verdadera. Le ha dado al mismo tiempo fuerza con la gracia, en cuya virtud tienen más fuerza obligatoria; pero no son invención suya. Si encuentran los hombres mayores dificultades, es prueba de que les es más difícil vivir conforme á la naturaleza y á la razón que someterse á las exigencias de la fe. Y no hay dificultad para comprenderlo, porque la gracia viene en ayuda de la fe, mientras que la naturaleza tiene que sacar todas las fuerzas de sí misma. ¡Y es tan frágil la naturaleza, tan fácil para arrastrar al error y tan dé-

bil para cumplir el deber cuando ha llegado á conocerlo!

11. Necesidad de una revelación superior como auxilio dado á la razón.—¡Cosa singular que preste el hombre tan poca atención á esta verdad! Si hubiera necesidad de pruebas para demostrar que el hombre no es lo que debe ser, sería ésta suficiente. Y como el niño se cree ofendido con la simple recomendación de que no se pierda ó de que no tropiece, del mismo modo, nada molesta tanto al hombre, como decirle en tono de advertencia, cuán sujeto está al error y á dar pasos en falso. Después, cuando se ha extraviado, cuando ha caído, todo el mundo tiene obligación de excusarle, porque el error es del dominio de la humanidad, y porque estamos expuestos á caer todos los días.

Mas para tener derecho á invocar semejante excusa, es necesario que se nos permita decir de antemano en tono de enseñanza ó de aviso, que se extravía fácilmente nuestra inteligencia, y que es débil y muy falible nuestra naturaleza. ¿Y á quién incumbe este deber mejor que á la fe cristiana? ¿Quién reconoce con más generosidad que ella los derechos y las capacidades de la naturaleza y de la razón?

Contra los ataques de que ha sido objeto la potencia humana, siempre ha sostenido con toda energía la fe cristiana que el hombre está en estado de conocer lo necesario para llegar á su destino natural. Y jamás, como lo han hecho muchos sectarios, filósofos y poetas, ha creído suficiente atribuir al hombre nada más que una parte de esa potencia.

Menos aun tolera la Iglesia la doctrina que pretende que no debe la humanidad á sus investigaciones personales la creencia en la existencia de Dios, en la realidad de un *más allá* y de una vida eterna; sino que la posee solamente como recuerdo de la Revelación sobrenatural primitiva; que hoy no podría tampoco el individuo hallar esas verdades por las propias fuerzas de su espíritu, si no se las comunicasen otros, ó que, si las encuentra, podrán á lo

más satisfacerle personalmente, sin tener un valor que pueda extenderse á la humanidad entera. ⁽¹⁾ ¡No! Puede el hombre perfectamente conocer por sí mismo, por las propias fuerzas de su naturaleza, con entera certidumbre y con evidencia completa, á Dios su Criador, su Señor y su fin último, lo mismo que la obligación de servirle. ⁽²⁾ Y esta capacidad no la tuvo sólo el hombre al principio, antes de su caída, sino que le ha quedado después de la caída.

Tal es la doctrina del Cristianismo que se ha opuesto siempre con todas sus energías á cuantos esfuerzos han intentado rebajar las potencias del hombre. Mas después de haber combatido tanto por su honor, parece que tiene derecho á darle á conocer su debilidad. Y no se le puede quitar este derecho, si se sirve de él con la moderación que le caracteriza.

Por otra parte, enseña el Cristianismo que la caída original perjudicó en gran manera al hombre. Interiormente, le ciegan, le engañan, le molestan las pasiones. Exteriormente, todo es para él obstáculo y ocasión de caída. Abandonado á sí mismo, le es difícil hacer uso completo de su razón, ponerla en ejercicio sin errar, y con mayor motivo, vivir conforme á lo que dictan la razón y la naturaleza. Si hay, pues, un socorro que deba reconocer como indispensable, un auxilio que deba pedir con ardor y recibir con reconocimiento, suponiendo que tiene voluntad de llegar á su fin sobrenatural, es una luz cuyo brillo sea más vivo que el de su razón, un poder cuya fuerza sea superior á la de su naturaleza. Si dice el espíritu humano con el poeta del Norte:

«Tesoros de saber el sabio encierra,
Abarca su mirada mar y tierra», ⁽³⁾

está bien, y nadie puede objetarle nada

(1) *Theses a Bautin subscriptæ*, 1, 4, 6.

(2) Concilio Vaticano, *De fide*, 2, cap. 2

(3) *Voluspa*, 44, 1, 2. (Edda 1.)

Pero ¿cuántos son los sabios? ¿quién es el que no se avergüenza de que le den un nombre semejante? Los verdaderos sabios son los que dicen con Sócrates: «que saben sólo una cosa, esto es, que no saben nada». ⁽¹⁾ El necio desprecia los consejos, el sabio los acepta, vengan de donde vinieren; cree el insensato que se basta á sí mismo, y sin rubor confiesa con Séneca el sabio que: «nadie es bastante poderoso para bastarse á sí mismo, y que, para sacarnos del abismo, necesitamos que nos tienda otro la mano». ⁽²⁾

12. Peligros y deberes de la razón.—El recto y bien entendido uso de la razón la conduce á reclamar por sí misma una luz más elevada que la suya, la luz de la Revelación sobrenatural, y á reconocer en ella con diligencia y hasta con alegría, un socorro muy á propósito para fortificar la debilidad humana. En otros términos: ella conduce á la fe. Pero no se llega á este doble fin, sino cumpliendo con su deber la razón.

Pero este deber es doble. El primero, y que es realmente propio de la razón, como ya antes lo hemos manifestado, es que, teniendo conciencia del sentimiento de su fuerza y de su debilidad, gravemente y sin presunción dirige esta facultad todos sus esfuerzos á la verdad, hasta donde le es ésta accesible. El segundo, accidental, es cierto, pero más urgente, es domar su más grande, por no decir su único enemigo. Mientras reina ese enemigo, el alma no puede conocerse, no conoce lo que hay en sí, y mucho menos lo que le es superior. Si no triunfa de su enemigo, si no lo amansa, aparecerá siempre la verdad en un lugar inaccesible. ¿Quién es ese enemigo? Es la única zozobra de nuestra pobre y ciega época; el temor de que la Revelación lleve prejuicios á la inteligencia. Es tan exacto el razonamiento, como el del que dijera que la luz es nociva á los ojos. ¿Quién no tendrá tal miedo como visible locura? No es la luz el enemigo de los ojos; son las tinieblas, el polvo,

(1) Platón, *Apolog.*, 6, p. 21.—*Thætet*, 7, p. 150.

(2) Séneca, *Epist.*, 52, 2.

la niebla y el humo; las tinieblas del corazón, el humo de la concupiscencia, las nubes y el polvo de las pasiones; esos son los grandes obstáculos de la razón. El corazón corrompido y desordenado, ese es el enemigo de la inteligencia, del juicio y de la verdad. «Toda pasión que no haya domado la razón, y que, por consiguiente, tenga tiempo y fuerzas para crecer, dice Aristóteles, echará á esa razón del trono que debe ocupar en el alma». ⁽¹⁾

Es, pues, deber indispensable de la razón conquistar el imperio de las pasiones, y reinar sobre ellas. Por eso la «ha colocado Dios en el alma como en magnífica ciudadela, para gobernar las malas inclinaciones y para obligarlas á obedecer». ⁽²⁾ Sólo entonces podrá acometer su propia tarea: la investigación de la verdad, con calma y con probabilidades de éxito. Hay que confesar que, aun cuando el destino de la razón sea el conocimiento de la verdad, se ha dado, ante todo, al hombre para «dominar sus bajos instintos». ⁽³⁾ Y los esfuerzos que hace para cumplir con esta tarea, la hacen «sana, recta y sólida». ⁽⁴⁾

Por eso hay maravilloso cambio en los papeles. En lugar de trabajar en la investigación de la verdad, comienza la razón por purificar el corazón, que con frecuencia «llevan al conocimiento de la verdad menos los esfuerzos de la reflexión que la pureza y la sinceridad del corazón». ⁽⁵⁾ «No está la sabiduría en un alma malévolá, ni habita en un cuerpo sumido en el pecado». ⁽⁶⁾ Sólo en el corazón puro fija su morada. Cuando se ha impuesto una vez silencio á las pasiones, cuando ha sido vencido el orgullo, y cuando reina la paz en el alma, entonces piensa bien el hombre, y halla sin dificultad el camino de la verdad. Porque esclarecida es la sabiduría; fácilmente la ven aquellos que la aman, y la hallan los que la buscan; toma

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 3, 12.

(2) S. Agustín. *Civ. Dei.*, 14, 19.

(3) Íd. S. 8, 6.

(4) Eudem., *Moralía*, 2, 11.

(5) S. Agustín, *in Joann. tract.*, 18, 7.

(6) Sab., I, 4.

la delantera á los que la codician, y se les muestra á ellos la primera. ⁽¹⁾

Y si debe la razón preparar el camino á la fe, por su parte el corazón debe preparar el camino á la razón y á la fe. Por el corazón comienzan todas las enfermedades del espíritu; y por el corazón se curan también. Corazón puro, espíritu iluminado, fe firme: tal es el medio de dar solución á estos enigmas.

(1) Sabiduría, VI, 13, 14.